

Ensayo ¿Acabará la piratería con la industria musical? Stephen Witt indaga en el fenómeno con un cautivador trabajo de investigación que a menudo tiene más aires de thriller que de ensayo sociológico

El algoritmo de Brandenburg

IGNASI MOYA

El acceso a la música sin pagar no es algo nuevo, sobre todo desde que se inventaron los sistemas de grabación caseros, el más popular de ellos, en los años setenta y ochenta, la cinta de casete, reemplazada después por el cdé. Pero el gran cambio, experimentado sobre todo ya en el nuevo siglo, se produce con la llegada de los formatos de audio digital y la circulación a través de internet; con ellos, el soporte físico de la música desaparece. La música deja de ser *objeto* y se multiplica exponencialmente su tráfico. Millones de usuarios se hacen adictos a una nueva subcultura que cuestiona

el pago por algo intangible. En lo digital está pues el meollo de la gran escalada de la piratería musical. Y hasta hoy, la industria musical no ha encontrado la fórmula de acabar con el fenómeno. Ni con campañas de *sensibilización* para el respeto de los derechos de autor ni con la persecución policial-judicial.

Esta historia es, en síntesis, la que cuenta Stephen Witt en *Cómo dejamos de pagar por la música*, cuyo gran valor reside en el relato que hace de los detalles de la historia y, sobre todo, en cómo lo cuenta. Porque más que un ensayo entre científico, económico y sociológico o una investigación

periodística (que también lo es), el libro se parece a una novela, casi un thriller. Como buena novela, el libro de Witt cuenta con potentes protagonistas y un buen puñado de secundarios. Y un elemento sustancial que desata el desarrollo de la trama: el algoritmo de Brandenburg.

Karlheinz Brandenburg (nombre de compositor y apellido de concierto) es el ingeniero y matemático alemán considerado hasta hoy el inventor del mp3 (el formato de audio digital más popular para la circulación de canciones por internet). Brandenburg, desde el Instituto Fraunhofer (un centro público de investigación

alemán), desarrolló el algoritmo que lleva su nombre, esto es, la fórmula mágica de compresión de los archivos de audio que los hace lo suficientemente pequeños y con la suficiente calidad de sonido para circular por la red con velocidad y poder ser descargados, almacenados y escuchados por cualquier usuario. El algoritmo de Brandenburg es algo así como el sistema central de funcionamiento del mp3. Sin algoritmo no hay mp3. Y sin mp3 no hay... ¡piratería a gran escala!

Junto a Brandenburg, los otros dos personajes centrales de esta historia son un ejecutivo de la industria discográfica, Doug Morris, y un *pirata*, Dell Glover. Morris es el no va más en su terreno. Ha sido el máximo responsable de las más grandes compañías discográficas mundiales y un excepcional descubridor de talentos musicales con los que ha hecho ganar miles de millones a las editoras de discos. Y al mismo tiempo es el paradigma de la falta de visión de esas compañías para adaptarse al mundo digital. Mientras la industria se hundía a ritmo vertiginoso, él seguía cobrando sueldos multimillonarios, confiando exclusivamente en la fabricación de éxitos musicales y, en todo caso, apostando por la persecución policial de los piratas.

Filtrar novedades

Dell Glover, por su parte, acabó convertido en el mayor filtrador de discos a internet antes de que estos salieran a la venta en soporte físico gracias a su trabajo en una fábrica de cedés. Es la muestra de cómo un ciudadano con trabajo estable y aficiones comunes acaba en prisión (sólo tres meses tras colaborar con el FBI) sin conciencia de ser un delincuente y además pasa a la historia como gran responsable de la ruina de una próspera industria.

De algún modo, las vidas de estos tres personajes se entrecruzan, aunque ellos no lleguen nunca a encontrarse. No hace falta, las acciones de unos condicionan, tal vez sin saberlo, las de los otros. Los hilos de esta trama tienen múltiples direcciones.

El libro de Witt pues, explica pero no da respuestas. No puede darlas porque nadie las tiene. ¿Acabará el streaming con la piratería? Tal vez. Pero seguramente no será la salvación de la industria discográfica. A fin de cuentas, qué sentido tiene una industria discográfica sin discos. Reinventarse o morir. |

Stephen Witt

Cómo dejamos de pagar por la música

CONTRA EDICIONES. TRADUCCIÓN DE DAMIÀ ALOU.

328 PÁGINAS. 20,90 EUROS



Manifestación en Estocolmo en el 2009 de apoyo a la web The Pirate Bay después de su cierre y de la condena de algunos de sus promotores

FREDRIK PERSSON / AFP

protagonistas

EL INVENTOR. Aunque avances tecnológicos como el mp3 suelen ser inventos colectivos, el ingeniero alemán Karlheinz Brandenburg (1954, foto a la derecha) es quien más unanimidades suscita para ostentar el título de *padre* de este formato de audio digital. Sin Brandenburg no habría mp3, o sería distinto, o habría tardado más tiempo en imponerse. Y la historia de la piratería musical sería seguramente otra.



dense Doug Morris (1938, en la foto junto a Pharrell Williams) es el más famoso ejecutivo de la industria musical y a lo largo de varias décadas ha estado al frente



de las más grandes empresas discográficas (Warner, Universal, Sony). Reconocido como brillantísimo descubridor de talentos musicales, su lucha contra la

piratería ha sido sin embargo hasta hoy poco exitosa.

EL PIRATA. Dell Glover tenía todos los números para ser un anónimo obrero de Carolina del Norte más o menos aficionado a la informática y a la música. Pero quiso el destino que entrara a trabajar en una fábrica de discos. Y terminó convertido en uno de los mayores abastecedores de archivos de música pirata en internet. Según la revista *The New Yorker*, "el hombre que arruinó el negocio musical".